

ALFAGUARA



J. J. Armas Marcelo

Réquiem habanero
por Fidel

1.

Lo que más me subleva de Belinda es que me lleve la contraria y siempre termine teniendo razón. La madre tiene la culpa. Se la llevó de pequeña para Santos Suárez y la maleducó con tanto sahumero y santeoría. Por eso la llamada de anoche desde Barcelona me dejó pegado a la pared.

—Oye, coronel, papi, que soy tu hija, sí, desde Barcelona. Que aquí dicen los noticieros que se murió el hombre para siempre... Sí, el Inmortal que tú decías, el hombre que no podía morir porque era un caballo sagrado. Pues, fíjate, viejo, murió de un ataque, eso dicen las noticias, se murió destripado en sangre, dicen...

Mi hija Belinda, carajo, dándome la noticia maldita, la noticia de la muerte del Comandante en Jefe, la peor noticia del mundo.

—No se te olvide más, yo me llamo Belinda, no me llamo Isis ni ninguna de esas tonterías egipcias tuyas o lo que sea —recuerdo que me dijo cuando no era más que una niña.

Belinda. Quiso llamarse Belinda y ser bailarina desde que era casi una pionera, no levantaba los pies del suelo y ya andaba bailando por las aceras. No caminaba, bailaba por las aceras, volaba y convertía en escenario cualquier espacio al aire libre, todos mis empeños fueron inútiles, toda una vida en la Revolución

para nada, para que se vaya a Barcelona de bailarina. Ya sé, ya sé, carajo, otras están de jineteras ahí, paradas al sol, con cualquier blanquito europeo, y Belinda no jugó nunca a puta. Baladrona.

—Mi hombre será un español que me lleve por el mundo —me dijo cuando ya despuntaba y todos decían que era una de las mejores bailarinas de Cuba— y me haga una gran estrella del baile. Me da que va a ser un español el que se va a enamorar y me va a llevar hasta el cielo. A Barcelona, a París, a Londres. ¿Tú me entiendes, papi?

—De grande tú vas a ser médico, Isis, el mundo necesita médicos que salven vidas humanas, la solidar...

—Papi, no seas pesado, yo no voy a ser médico, ni voy a hacer nada por la solidaridad, yo nací bailarina. Me llamo Belinda y en cuanto pueda me escapo, me voy al mundo, flu, flu, flu, vuelo con mis alas y desaparezco de este calor que me asfixia. Ni loca voy a ser médico, papi. Mira a ver, Mami, explícaselo tú, que él es muy cerrado de mollera, Mami.

Mami es Mami. Yo también la sigo llamando Mami, todavía. La llamé Mami y la sigo y seguiré llamando Mami. Se separó de mí cuando me fui a Angola con Ochoa y los jimaguas por orden de Raúl.

—Tú vas y eres mis ojos y mis oídos. Y me lo cuentas todo —me dijo Raúl.

Todos mis servicios me los pagó la Revolución con un taxi negro, un buen carro para el turismo, una guayabera blanca y limpia y un retiro digno. Un coronel de la Seguridad del Estado, un seguroso como yo nunca dudó del Comandante en Jefe ni de Raúl. Y ahora, a la vejez, echado aquí, en mi cuartucho, viendo la televisión, viendo y oyendo la cháchara interminable

de Chávez, veo otra vez la misma película, pero qué es esto, me pregunto, y la oigo a ella hace años gritándome, a mi hija Isis, bueno, Belinda, la bailarina de Marocco de Barcelona, carajo, que si todavía sigo creyendo en la brujería de Fidel...

—¡Tú te has vuelto loco, chico! El más grande, el hombre más grande que ha dado el siglo xx... Pero si este hombre es una ruina —le oigo decir esa mierda desde hace años y no sé cómo me contengo y no le parto la cara de un solo bofetón y ya está, silencio—, pero tú no te das cuenta de nada, el hombre ese ni siquiera es cubano, no sabe tocar una guitarra, ni sabe lo que son los metales, no baila, no bebe ron, todo el día vestidito de verde para arriba y para abajo de esta islita, pobre de ella. Es un español más, no te fijas, ¡un cuartel, carajo!, un cuartel es lo que ha hecho de Cuba con tanta invasión y tanta bobería. A ver, dime tú, soldado, ¿dónde está la invasión, dónde que no la veo?

—Estás jodido, Mulatón —recuerdo que intervinó Mami, porque Mami siempre interviene cuando no debe—, yo me voy a ir para Santos Suárez a casa de mi madre y me llevo a vivir conmigo a la bailarina rebelde, para que te enteres de una vez...

Mulatón, Mulatón, ganas de joder de Mami. Siempre que pudo me llamó Mulatón para menospreciarme, para ningunearme y humillarme, eso es lo que quiso siempre, no respetó nunca ni estrellas, ni bastones, ni uniformes ni autoridad ninguna, una descreída total, influyó mucho en Isis, quiero decir, Belinda.

—Mami, Mami, tú sabes que me llamo Walter, respétame, no me llames mula...

—¡Ay, ay, ay!, chico, si tu madre estuviera viva y viera esto, viejito, se moriría de la risa, claro que te

llamas Walter, si lo sabré yo, ¿no lo voy a saber?, pero eres mulatón, mulatón...

Mulatón, mulatón, como si ella fuera blanca, como si no viniera de donde vino, más allá de Pogolotti, y hablaba de Santos Suárez como si fuera Manhattan, ella es la que ha pervertido a la bailarina. Por eso anoche, cuando recibí la llamada de Belinda desde Barcelona, me quedé otra vez pegado a la pared, sin respiración, como si me fuera a dar un infarto, mareado, como si todo se fuera a ir de un momento a otro para la misma pinga del carajo...

—Coronel, papi, es Belinda desde Barcelona, tu hija. ¿Ya te enteraste de la noticia?

Tantas veces lo han matado en el mundo para después verlo aquí, en la televisión, con una salud de hierro desmintiendo su muerte, muerto de la risa, que es de lo único que se muere el Comandante, que se muere de la risa todos los días, de sus enemigos se muere de la risa, rodeado de niños de escuela y pioneros, aplaudido por la gente, que ya no me creo que se vaya a morir. Hace tiempo que dejó de cagar por donde lo hacemos los mortales, dicen que tiene un aparato que científicos secretos, vaya uno a saber si americanos, han creado especialmente para él. Que tiene un agujero en el cuerpo, por detrás, pero por encima del culo, al lado derecho de la cintura, y por ahí se entuba cada vez que le hace falta y echa la mierda, y tan tranquilo, tú. No se va a morir nunca. En el fondo él seguirá llevando al país por donde siempre, él sabe lo que hace, y enfermo y todo, y con ese aparato pegado a la cintura, sigue haciendo su trabajo, ahí están los artículos del *Granma*, ¡irrefutables, carajo!, ¡irrefutables!

—¿Y ahora quién tenía razón, tú, el hombre o yo, papi? Yo, mi amor, yo tenía razón, lo que pasa es que tú eres ciego completo, no ves nada desde nunca, siempre oyendo lo que diga el brujo, estás viendo negro y si él dice blanco, tú dices blanco y más nada. Chico, despierta, que eso es brujería.

Belinda por teléfono desde Barcelona, dándome gritos. No tuve nunca autoridad moral para educarla, para meterla en una camisa de fuerza y tenerla ahí, en silencio y al oscuro en el último rincón de esta casa ahora en silencio y a oscuras, durante dos o tres días, sin comer ni beber, para que aprendiera, como se lo hicimos a los contrarrevolucionarios y traidores en Villa Marista, que los metíamos en la gaveta y se iban por las patas en un dos por tres, cantaban de todo, boleros tristes, danzones alegres, hasta mambos cantaban si nosotros queríamos. Pero, viejo, no iba a hacerle lo mismo a mi hija, a la bailarina.

—Mira, Gualtel, mi amor —Mami me llamaba Gualtel, mi amor cuando quería de verdad darme una orden sin que pareciera que era una orden, sino una sugerencia o un consejo o algo así—, tú no te das cuenta que esta niña tuya, Belinda, es un genio, va a ser famosa en la danza, en el baile, mucho más que Alicia Alonso, esa vieja decrepita... Y, sí, mi amor, Walter, hazme caso, déjala salir, consíguele los papeles para que se vaya y sea feliz y ella te lo agradecerá para siempre.

No le conseguí los papeles, ella se fue por Bulgaria, aprovechó una invitación de un teatro nacional o algo así de Bulgaria hace ya más de diez años, y se mandó a mudar, se quedó en Sofía con su español y luego lo arreglaron todo y se fueron a Barcelona, su destino predilecto. Y después me escribió una carta

y dentro una postal del Marocco, y ella bailando como estrella, la starlette Belinda Marsans. ¡Fíjate tú el apellido que vino a elegir para bailar! ¡Marsans!, el apellido del maridito español, su agente, porque ahora es su agente, ya no es más su marido, dicen que se quieren como buenos amigos pero que ella necesita libertad. Mi hija Belinda siempre necesita libertad, más libertad, aire, aire, aire...

—¡Aire, chico, aire!, eso es lo que me falta, me asfixio en esta isla de mierda, ¿tú sabes? —recuerdo todavía sus gritos un par de meses antes de salir para Bulgaria con las mejores del Ballet Nacional—, y aquí no hay nada de eso, sino politiquería, esto está lleno de comemierdas, papi.

A mi hija Belinda, dos meses antes de marcharse de La Habana con ese ataque de histeria propio de las artistas grandes, ya se le había pegado la tontería de Alicia Alonso, imagínate tú, Alicia Alonso. Mi hija Belinda dándole gritos a su padre, coronel, carajo, coronel de la Seguridad del Estado, un patriota durante toda la vida, un creyente y servidor firme de la Revolución cubana, a la orden de Fidel Castro, Comandante, para lo que mande. Un tipo que ha vivido aventuras peligrosas, que ha hecho mil servicios desde Terranova, que ha viajado con el Che a China, a Moscú, a Argelia y España, que se ha recorrido medio mundo, Buenos Aires, Japón, Inglaterra y sobre todo España, que ahí, en el puerto de Cádiz, dejé toda la ropa metida en un container, mira eso, cómo estará esa ropa, podrida por el tiempo y la oscuridad. Un tipo que estuvo con el Calingo en combate, en Angola, un tipo bravo, frío, de fierro puro, no pudo con su hija, no, no pude con Belinda, mi gran error, mi gran decepción, mi humillación.

¿Cómo es que se llamaba aquel peronista? ¿Simón qué? Lo conocí en Terranova, pasando dólares cada uno en lo suyo, pero nos caímos del carajo, y terminó por venir a La Habana, a darse una vuelta, cuando todavía esto era el escaparate del mundo comunista, por aquí pasaba todo el mundo del mundo comunista, desde guerrilleros a etarras, desde montoneros a policías secretos del peronismo, hombres todos de izquierda, con patente de corso, como yo, todavía recuerdo cuando me lo dijo, yo era casi un muchacho, me lo dijo Raúl, tú, Walter, silencio, eres mis ojos y mis oídos, tú eres un patente de corso, así dijo, un corso con patente para lo que me diera la gana. Si tienes que matar, me dijo, matas, no pasa nada, tú tienes patente de corso. Y Simón, sí, ¿Simón qué?, no me acuerdo, tenía patente de corso en Argentina y vínculos secretos con todo el mundo. Un peronista de ultraizquierda, un hombre duro. Cuando le hablé del problema de Isis, que se había cambiado el nombre, que se quería ir de Cuba desde que era una niña, que era una loca por el baile, va Simón, que ya tenía media botella de Matusalem en la barriga, me pone una mano arriba, saca un gesto que le dobla la cara en dos y le oscurece la vista, los ojos, me da un par de golpes en el hombro, asiente con la cabeza y me dice, te lo voy a contar todo, para que sepas cómo resolver ese problema.

—Tengo un hijo que es más comunista y más peronista que yo, compañero Walter —me contó—. Era un niño, un muchachito, un pibe, viejo, ni siquiera salía solo de mi casa en el microcentro, fíjate tú. Y un día me vio la pistola en el saco. Curioseó en mi saco, que estaba colgado en una silla, y vio la pistola. Y me preguntó que por qué llevaba esa pistola.

—Porque soy sindicalista y peronista, Simón, por eso, ¿viste? —le dije.

Entonces el muchacho se quedó extrañado, con la boca abierta, mirando al padre, muy serio, bastante asombrado, como que no había entendido nada, pero se atrevió a responderle.

—Yo lo miraba fijamente, Walter, acercaba mi cabeza a la suya, para ganar complicidad, viejo, para ganar más autoridad, para que comprendiera que le estaba diciendo la cosa más importante que hay que ser en la vida, sindicalista y peronista, pero él se atrevió a hablarme, me mantuvo la mirada, era solo un niño inocente preguntándole a su padre cosas que no sabía.

Ahora yo le mantenía la mirada a Simón. La música del Polinesio del Habana Libre se oía lejana, estábamos los dos solos en un duelo, o eso me parecía, un duelo verbal, a ver quién le podía a quién, y él seguía con la mano en mi hombro y mirándome con dureza, como si yo fuera ahora su hijo, se veía de lejos que era un pistolero, vamos, un tipo con patente de corso, como decía Raúl.

—Y Simón, mi hijo, me preguntó, sin que se le quebrase la voz ni una sílaba, me preguntó lo que yo estaba esperando, la pregunta del millón —me dijo el corso argentino—. ¿Y qué es ser peronista, papá? —le preguntó el niño Simón—. Entonces yo me fui para la silla donde estaba el saco, Walter, saqué la pistola del bolsillo interior del saco y se la puse a Simón, a mi hijo, en la sien.

Cuando me estaba contando esa historia, yo estaba en ascuas, ¿cómo podía hacer aquello a un niño, a su hijo?

—¡Pero, carajo, Simón! —dándole un puñetazo a la barra en la que estábamos los dos acodados. Tiré al suelo el tabaco que me estaba fumando—, ¿cómo pudiste hacerle eso a tu hijo?

—... espera, viejo, espera, no seas bruto... Carajo, no seas bruto...

Y encima el argentino con patente de corso me llamaba bruto. No cabían dudas, dominaba la situación, tenía un poder verbal y gestual que casi me tenía hipnotizado.

—Le puse la pistola en la sien, ¿o no te acuerdas tú del sacrificio de Abraham en la Biblia, carajo?, y le dije, muy serio, muy marcial, sin que me temblara un músculo de la cara ni del cuerpo entero, se lo dije con toda mi alma, como la única verdad que había en el mundo: mira, muchacho, atiéndeme porque te lo voy a decir una sola vez, eso le dije. Peronista, te lo voy a decir una sola vez en la vida, que no se te olvide nunca más, es lo que soy yo y lo que tú, Simoncito, vas a ser de mayor y toda tu vida, porque si no te meto un tiro ahí, en la sien, y te levanto la tapa de los sesos y te mato, te mando para la Chacarita, eso es lo que vas a ser tú, eso es lo que es ser peronista, ¿viste? Y sí, ahora es peronista, escritor, defiende a Perón, pero sobre todo a Evita, ¿viste, viejo?, no hay quien se la toque. Es escritor de teatro Simón, muy militante, chico, muy militante. Al árbol que se despista, hachazo en el corazón, Walter, compañero.

Bárbaro personaje, Simón ¿qué?, mejor no acordarme. Terminamos los dos con tremenda curda, yo le conté lo del poeta Padilla, que me lo encomendaron para que lo reeducara en un tiempo récord, el poeta Padilla, y primero me encomendaron que vigi-

lara de cerca a Edwards, el escritor que mandó Allende desde Chile para abrir la embajada, ¡qué tiempos, carajo!, gloria plena en aquellos momentos.

—¿Escritor de teatro tu hijo? —le dije para quitarle hierro y lucha a su cuento—. Pero, coño, compañero, si yo soy experto en escritores desde los de Padilla y Edwards...

—Pero no me vengas a joder ahora, viejo, no me jodas, ¿el tipo de *Persona non grata*, ese señoritín-go de derechas, ese reaccionario?

—Yo fui uno de los encargados de ese caso, imagínate tú...

—Cuéntame, mamón, cuéntame.

Y entonces se lo conté.

Simón me había contado con todo detalle lo de su hijo cuando era un niño para que yo tratara de resolver el problema con Belinda, que ya había conseguido que todo el mundo, incluso yo, la llamara Belinda, para que yo le diera un susto y la metiera a viaje, pero yo pensé que eso era una barbaridad, no sé cómo sería su hijo, pero mi hija era una rebelde irredenta, no había quien pudiera con ella y a aquellas alturas había dejado la universidad para bailar, había hablado yo con Díaz, el escritor, que daba clases de marxismo en la universidad, que le montaron la cátedra para él y luego, cuando se cayó el muro y se desmerengó el socialismo del Este, se convirtió en un gusano más, se quedó por Alemania y por España, dando la lata, pidiendo diálogo, desagradecido, comemierda, gusano, como si no hubiera sido nunca comunista ni revolucionario. Se creyó que se iba también a caer Cuba, que todo se iba a ir para el carajo y que Fidel se iba a exiliar en Galicia, la tierra de su padre, don Ángel. Loco,

pirado, el Jesús Díaz, no se podían ver pero acabó como el otro gusano, el peor de todos los gusanos, Cabrera Infante, Guillermito, Cabiria como lo llamaban aquí antes de irse, un vividor este Cabrera, hasta Franco lo echó de España por vividor. De modo que le conté esa noche en el Polinesio a Simón el argentino todo lo de Padilla, Bebo para sus amigos los bugarrones, y lo del chileno rico, y lo dejé asombrado.

—Si yo hubiera sido tú, si hubiera caído en mis manos, yo mismo los habría descuartizado —dijo Simón al final de la noche del Polinesio.

Hace dos horas que sonó el teléfono. Dos horas ya que llamó Belinda desde Barcelona, y nadie me ha llamado para decirme si es mentira o verdad que el Comandante se murió. La verdad es que hace meses que no aparece en público, ni una foto en los papeles ni en la televisión, nada, como si se hubiera muerto, pero nos hemos acostumbrado a eso, y sabemos que no ha muerto porque no puede morir, carajo, es inmortal.

—Pero, bueno, Gualtel —¿me llamó Gualtel, entonces, con ese tonito con que me lo decía su puta madre!—, ¿tú sigues creyendo en todas esas vainas? Mira que eres ignorante, mijito —y esa fue la despedida de Belinda por teléfono esa noche.

2.

Me tomé un par de tragos de ron, me adormecí viendo a Chávez por la televisión hablando de la revolución bolivariana y me tumbé encima de la cama con la misma ropa que llevaba puesta. Todavía, entre sueños, oía los gritos de Belinda desde Barcelona, cuando me despertó de nuevo el timbrado del teléfono. ¿Qué horas eran? Yo qué sé, tal vez las dos de la madrugada, hacía un calor terrible y estaba sudando tal cual me eché en la cama y con muy mal sabor de boca. Quizá no era la primera vez que timbraba, porque tuve la impresión de que lo hacía con apremio, con ansiedad, con insistencia, como si del otro lado la persona que estaba llamando no pudiera esperar. Me levanté como pude y contesté.

—Oká, dale, dale de nuevo, venga —dije creyendo que la insistente era mi hija Belinda.

—Oye, muchacho, ¿tú sabes algo? —reconocí la voz de Mami. También a ella la había llamado Belinda, esa niña malcriada se estaba gastando esta noche en teléfono lo que no ganaba en un mes bailando medio desnuda para los españoles y los turistas de Barcelona. Mami tenía una respiración a medio ahogar, como si la noticia que le dio Belinda la hubiera desquiciado. Pronunciaba cada palabra con un deje gutural, como si no quisiera que nadie sino yo supiera que era ella.

—Fíjate que así pasó con el otro, todo el mundo lo sabía pero nadie lo decía, recuérdale bien, Gual-

tel. Dime con una señal si sabes algo, sí o no, y más nada.

El otro. Siempre lo llamaba el otro. No había otro en la palabra de Mami que no fuera el otro. Desde que vivíamos juntos me hablaba del Che como el otro, no quería que nadie supiera que hablábamos del Che y no lo nombraba sino como el otro, sí, con minúscula, como si fuera otro pero otro cualquiera, sin importancia. Decía el otro y pasaba de largo por si acaso se le fuera a caer algo en la cabeza. Ella, metida ahí en las supersticiones de los negros, creía que el Uno, con mayúscula, y el otro, con minúscula, tenían magia, sabían hacer amarres y maldiciones. Fíjate tú, del Uno no sé, porque se dice de todo y su contrario, a estas alturas, ¿verdad?, pero del otro estoy seguro desde hace tiempo que no creía en brujas ni en santos, ni en dioses blancos ni negros, delante de él no se podía hablar de esas creencias populares.

—¡Cojone-rías de ignorantes! —le oí decir una vez a gritos, con un ataque de furia terrible. Cojone-rías de ignorantes, así mismo dijo. Fue en Argel, durante la última parte del famoso viaje a Pekín, Moscú, Madrid y Argel. Ese fue el primer viaje que hice con el Che, el primer operativo internacional que cubrí con el Che, ¿cuánto hace de eso?, más de cuarenta años, yo era todavía un joven sin experiencia pero Raúl creyó que yo era el hombre para cuidarlo.

—Pégate a él como si fueras su sombra —me dijo—. Me respondes con tu vida de su seguridad.

El Che. Tremendo tipo el Che. Estábamos en la biblioteca de la embajada en Argel y el Che se estaba fumando un tabaco. Tosía de vez en cuando, como si esa tos fuera la costumbre de un mal presagio, el

preludio de un ataque de asma. El aparato de aire acondicionado estaba roto y la humedad se comía el aire de verdad. Papito Serguera era todavía muy joven, pero ya había llegado a ser embajador en Argelia, asombroso, era un hombre de toda la confianza del Comandante y Argelia era importante entonces, e incluso ahora sigue siéndolo. Entonces el Che caminó entre las estanterías de libros de la biblioteca, como si estuviera buscando algo, un título determinado o vaya uno a saber, algo así, ¿verdad?, y se encontró un Changó armado en medio de los libros. Se paró. Tieso como un palo. Echó manos al muñeco, se volvió a mirar al embajador Serguera, los ojos a salirse. Tiró el santo al suelo y le metió un grito al pobre Papito que retumbó en todo el edificio de la embajada.

—¡Cojonerías de ignorantes! —gritó el Che, hecho una verdadera fiera. Casi echaba espuma por la boca, temblaba de ira.

Se volvió otra vez a los libros y siguió mirando. En la biblioteca estábamos el Che, Papito y yo, y más nadie. Siguió mirando los títulos de los libros y tosiendo de vez en cuando, cada vez con más frecuencia, como que se le venía encima el ataque sin que él tuviera muy en cuenta lo que le estaba sucediendo por dentro. En la biblioteca no se movía una mosca. No se oía nada: solo el chirrido de la garganta del Che cerrándose. Me acordé entonces de los lamentos de los gatitos recién nacidos. Cuando yo era muy pequeño, una gata que teníamos en casa parió unos gatitos en el patio. Me di cuenta porque oí como un llanto muy menudo, de pajaritos, como pío, pío, pío, pero con lástima, como un llanto lejano de niño chico. Era el primer maullido de los gatitos, que se movían muy des-

pacio quitándose de encima los restos de la placenta o como se llame esa vaina orgánica. Uno de los gatitos había nacido muerto y allí están las moscas, las primeras que llegan cuando hay mierda y muertos. Bueno, así, como el maullido de un gatito recién nacido, sonaba la garganta del Che en la biblioteca. No se oía sino esa respiración, pero el tipo, tremendo y duro, seguía leyendo uno por uno los títulos de los libros que Papito tenía en la biblioteca de la embajada. Y entonces dio con lo que parecía estar buscando: los libros escondidos, tal vez olvidados allí, los libros de cualquiera de las locas habaneras que odiaba con toda su alma, con una ira que no podía soportar. Allí, medio escondidos, quizá perdidos y olvidados, estaban nada menos que los libros de Virgilio Piñera, el gran maricón de La Habana, un perturbado del sexo que nadie pudo meter en cintura, ni con UMAP ni con amenazas de cárcel ni nada. Él enamoriscaba y se singaba a todo cubanito que llegara de nuevas a La Habana, se lo comía como una papa frita y tan campante. Un escándalo, Virgilio Piñera.

—¡Pero, coño, Papito, ¿todavía tenés aquí los libros de este maricón de mierda?! —dijo enfurecido. Y comenzó a sacarlos de la estantería y a tirarlos al suelo y a darles de patadas.

Papito Serguera, atemorizado, apenas podía hablar. Retrocedía y retrocedía, hasta que se dio con la pared.

—Coño, Che, coño... —dijo el embajador acojonado ante la furia del Che.

Ahí fue cuando le dio el ataque. Casi se quedó sin respiración. Se tiró manos al cuello, a la garganta. Se rascaba el cuello y trataba de respirar como podía,

sin poder apenas. Cuando me acerqué a atenderlo, me echó para atrás, me detuvo con un gesto de su mano. Comenzó a quitarse la camisa y cuando tuvo el torso desnudo se tumbó en el suelo frío.

—Déjenme solo, déjenme solo —dijo con los ojos cerrados. A la hora, más o menos, me atreví a entrar a la biblioteca.

Ya no se oía el silbido asmático del Che. Él estaba sentado en una silla con uno de sus libros en la mano, un libro de un montón de páginas publicado en México. Le pedí permiso para entrar y le pregunté después cómo se encontraba.

—Mejor, mejor, Walter, mejor —me contestó, y movía la cabeza en un signo de afirmación.

Ya era el héroe de siempre, el superhombre, el tipo que creía a ciegas en el hombre nuevo que estábamos haciendo nacer en Cuba. Nada menos que el hombre nuevo, un tipo humano totalmente diferente que sería perfecto. La isla se volcaría en el experimento, como decía el Comandante sin dudar ni un segundo, con una convicción del carajo, que en el futuro inmediato Cuba iba a tener diez millones de toneladas en la zafra e iba a ser el país con más médicos en el mundo entero, le roncan los cojones, un paisito de mierda, una islita en el Caribe sometida a los ciclones y a los huracanes, bueno, se acabó esa mierda, ahora se iba a convertir en la isla del hombre nuevo, la zafra mayor del universo y el país que tendría más médicos del mundo. Es decir, Cuba a un lado creciendo como un globo en el mundo, y el mundo empequeñeciéndose ante los logros de la Revolución, ante Cuba, ante los cubanos. Esa era la Revolución, a pesar de sus enemigos y a pesar del imperialismo norteamericano, a pesar

del bloqueo y de las campañas contra nosotros. Y ahora el Che estaba leyéndose en la biblioteca de la embajada de Cuba en Argel, leyéndose sus propias páginas, las palabras de la convicción moral de un hombre que creía que estaba inventando un nuevo futuro para la humanidad, un tipo que tú lo mirabas y te dabas cuenta de que era un elegido de la Historia, con mayúscula, y encima Mami lo llamó siempre el otro, con minúscula, menospreciándolo, intentando en todo momento rebajarlo. Me lo dijo desde los primeros meses de la Revolución, cuando todavía el entusiasmo cinco caminaba hacia el triunfo definitivo.

—Oye, Gualtel, mi amor —así hablaba la negra cabrona—, date de cuenta, cooño, que estos tipos no son dioses, que son de caarneee y huuuesooo, mi vida, por Dios.

Ah, carajo, decía por Dios y no creía nada en Dios, sino en la puñeta de la santería y los rituales negros, «de sus antepasados yorubas», decía, y se quedaba tan pancha. Ah, cooño, Mami, ¡cómo cambian los tiempos, Venancio, qué te parece!

No digo nada de la niña, de Isis, en fin, de Belinda, mi hija la bailarina de Barcelona. Ella sí que era recalitrante, las enseñanzas de la madre desde chiquitica, los gritos que daba, todavía los recuerdo.

—¡Yo no quiero ser como ese hombre, yo no quiero ser pionera, yo quiero ser bailarina y más nada! —largaba como una loca y no había quien la bajara del ataque cuando le daba.

Aquella noche del Polinesio con Simón, Simón ¿qué? Carajo, ya está, me vino de repente, esta tenacidad me la dio la Revolución, antes de que llegara Fidel a La Habana yo no tenía esta fe en mí mismo, que me

olvido de las cosas y los nombres, y rebusco ahí, en el sótano de la memoria, donde están los juguetitos olvidados desde hace tiempo, y zas, zas, zas, aparece la cosa. Simón Vilches, carajo, el tipo argentino que se decía amigo del Che, amigo de Buenos Aires, amigo del colegio, me dijo. El peronista con patente de corso que le puso a su hijo cuando era niño una pistola en la sien para explicarle qué era un peronista se llamaba Simón Vilches. Y entonces le estaba diciendo yo a Vilches aquella noche en el Polinesio, me fiaba del tipo, pero me hacía cada preguntita que me dejaba en el aire, dando vueltas y mirando para la provincia de Oriente, le estaba diciendo que había oído de esa pelea en la playa, pero que yo no estaba en ese operativo porque cuando llegamos del viaje Raúl me dio una semana de descanso.

—Se te ve cansado, Walter, quédate en tu casa y descansa. Es una orden —me dijo después que yo le diera las novedades del viaje y no le dijera nada del trancazo del Che con el Changó de Serguera y los libros de Virgilio Piñera.

Sí, él sería maricón, loca perdida y con plumas de marabú, todo lo que ustedes quieran, pero los cojones que demostró en el discurso de Fidel a los intelectuales no los tenía nadie allí dentro. Muchacho, muchacho, decirle al Comandante, a aquel dios enfurecido por el asunto de Padilla, decirle ante el silencio de todo el mundo, yo estaba allí y lo vi decirle: Comandante, yo lo que tengo es muchísimo miedo. Eran los cojones del miedo los que le estaba enseñando la loca al Caballo, ¿se imaginan la escena? Pues yo la vi con estos ojos de mulatón que tengo en mi cara, carajo, los mismos ojos que han visto y se han recorrido el mundo en-

tero con patente de corso gracias a la Revolución. Aunque yo no sea el hombre nuevo que proclamaba el Che, el hombre nuevo del que hablaba Fidel.

—Comandante, yo lo único que tengo que decir es que tengo muchísimo miedo —dijo con su voz de mujercita pero con muchos huevos Virgilio Piñera.

Vieran el silencio que se hizo en la sala. Los intelectuales y artistas de Cuba, los elegidos para la gloria de la Historia que dirigía el Comandante en Jefe, se quedaron sin respiración. De todo se aprende, y yo aprendí ese día a respetar a la loca de La Habana, aquel culito que se había comido todas las pingas del mundo por pura depravación. Bueno, pues el culito de la loca tenía más huevos que todos los demás artistas e intelectuales que guardaron un silencio fatal, como si Fidel los fuera a fusilar uno a uno a medida que fueran hablando.

Hablaba de esa noche en el Polinesio con Simón Vilches, no quiero que se pierda el hilo de los acontecimientos, Mami me decía eso siempre.

—Tú no tienes cabeza ninguna, Gualtel, te olvidas de lo que estás hablando y saltas de una cosa a otra sin ninguna ilación. Cuando seas mayor vas a tener demencia senil muy pronto, mijiiiitooo, ya lo verás —eso me decía Mami, la cabrona, cuando vivíamos juntos.

—No, no, no, Simón —le dije a Vilches cuando me preguntó por el asunto de la playa—, no puedo contarte una cosa de la que no fui testigo.

Eso es una leyenda, le dije, y Vilches me miró con cara de no creerse nada. Habíamos vuelto del periplo pekinés, como lo llamaba Mami. En Moscú yo le había visto aquella cara sin gestos, seria, impenetra-

ble, con sus ojos de mirada fría y lejana, como que estaba reflexionando el Che, y me dije que estaba decepcionado de los bolos, jamás le gustaron los rusos, nunca se fio de Kruschev ni de ninguno de ellos, los trataba con desdén, con largos silencios suyos en las conversaciones al mayor nivel, como si no estuviera allí, en Moscú, en las alturas del mundo. Era impenetrable, pero yo le seguía los gestos, los dejes de la cara, el más mínimo movimiento.

—Se dio cuenta enseguida de que aquello era un mierdero que se iba a ir todo para la pinga el día menos pensado —le dije a Vilches mientras el argentino se empinaba casi de un golpe otro mojito en la barra del Polinesio.

Y no se te olvide, le dije a Vilches, que el Che era un tipo de fierro, de fusil, en los ojos se le veía, cuando los ponía chiquiticos, que si por él fuera mandaba a fusilar a medio Moscú. Un mierdero, pues. Lo que a él le gustaba era Pekín, lo que estaban haciendo los chinos. Estaba deslumbrado por los chinos y quería trasladar, de eso estoy seguro, quería traer todo lo que estaban haciendo los chinos a Cuba. Y ahí es donde estuvo la vaina, porque Raúl se mostraba partidario de lo que el Che decía, pero Fidel primero dudaba y luego decía que no, que lo nuestro era lo de los rusos, se formó una guerra del carajo, porque al fin y al cabo Fidel era el jefe y los demás puro paisaje de acompañamiento musical. Y además, no te olvides de eso, Vilches, le dije atreviéndome, el Che era un héroe cubano pero en el fondo era argentino.

—Y peronista —me contestó Vilches al instante, y con muchos reflejos. No tenía ganas de discutir con el tipo sobre este asunto, me podía ir de la lengua

en cuatro cosas y aquí, en Cuba, el que se pasa es peor que el que se queda corto.

Y entonces, como había una discusión del carajo entre ellos y no se solucionaba nada, se fueron un fin de semana para la playa. No me pregunten ustedes ahora a qué playa se fueron los jefes, no lo voy a decir, además la contrarrevolución se inventó este episodio desde Miami, la gusanera tiene una imaginación que le zumba el mango, asere. Fíjate, compañero, le dije a Simón Vilches, que desde los tiempos de las discusiones entre los muchachos del Directorio, tipos duros, de fierro puro, no había pasado cosa igual, nunca hubo tantos rumores como por lo de la playa. Pero ya te dije que yo no estaba allí, que estaba de permiso, descansando en mi casa con la Mami, que entonces nos queríamos del carajo, tú sabes, ¿no?, y me enteré de todo el jaleo y la bronca bastante después, cuando me incorporé al trabajo. Habíamos ido unos días para María la Gorda, a comer puerco en casa de unos amigos que nos prestaron un chamizo en la misma orilla de la playa, al oeste de la isla, y fuimos felices allí, por unos días.

—Así sí es la vida, mi amor, estar botada aquí, en la arenita caliente con el hombre de mi vida, mi chiiiiino —me decía una y otra vez Mami, encantada de haberse conocido, y después la cabrona me daba un beso en la boca y me recorría los cojones con una caricia muy, muy, muy personal, como ella decía siempre que me retorció los cojones—. Es mi caricia personal, mi gran regalo antes de llevarte al cielo, mi amor —decía. ¡Qué tiempos, carajo, la juventud!

—De modo que no sé la playa que era, más allá de Guanabacoa me dijeron a mí —le dije al Vilches preguntón.

Me parecía que el Vilches estaba en una averiguadera que no nos convenía a ninguno de los dos, y menos en público, en el Polinesio con la música a todo pulmón y el murmullo y las carcajadas de la gente gozando de la noche y de su pollo con arroz, que allí era espléndido.

—Pero, coño, ¿qué es lo que pasó? Dime, Walter, ¿qué supiste tú de ese asunto?

—Oye, Gualtel, ¿tú me escuchas, chico?, ¿sabes algo del asunto? —la voz negra de Mami por teléfono en la madrugada me sacó de mis cavilaciones del pasado—. Pero, bueno, ¿tú ya aquí no eres nada o qué?, ¿nadie cuenta contigo?